

El influjo del monacato cristiano tuvo todavía transcendencia más honda y extensa en la vida del Islam: de la esfera de los dogmas y preceptos de obligación trascendió a la de los consejos y prácticas de mera devoción, creando una doctrina espiritual, tanto ascética como mística, y una vida devota, tanto solitaria como cenobítica. Con sorpresa vivísima contempla el historiador el espectáculo insospechado que el Islam le ofrece con sus ermitaños y monjes, que siguen métodos y reglas de vida devota, exactamente iguales a los de los monjes y solitarios cristianos, con su noviciado y sus votos de pobreza y obediencia y consagrados a la contemplación o a la predicación apostólica o a la vida peregrinante. Hasta conventos de mujeres se conocieron en el Egipto musulmán, durante la Edad Media. Y aún sin traspasar los umbrales del claustro, los mismos seglares podían, y pueden hoy, hacer compatibles sus ocupaciones profanas con la perfección espiritual, profesando alguna de las varias reglas dictadas por santones insignes que fundaron verdaderas «órdenes terceras» o cofradías, análogas a las nuestras y tan florecientes hoy día, así en Marruecos como en las tierras de Oriente. Una de las más dignas de mención es la de los *sadilíes*, cuyo origen se remonta hasta el místico marroquí Abd al-Sallam ben Masis, famoso santón y jerife, cuya venerada tumba es, todavía hoy, objeto de fervoroso culto en el monte llamado Yebel Alam, en el corazón de la tribu montaraz de los Beni Arós, dentro de la zona de nuestro Protectorado, de la cual son oriundos no pocos de nuestros Regulares. Las romerías o peregrinaciones a su sepulcro son frecuentes, sobre todo en el día en que se conmemora su tránsito. Discípulos de este santón rifeño fueron varios escritores ascéticos y místicos, así andaluces como marroquíes, que desde el siglo XIII hasta el XV divulgaron a los dos lados del Estrecho las sutiles y altísimas ideas de su escuela, caracterizada por el amor de las tribulaciones y la renuncia a los carismas, a la manera de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y toda la escuela carmelitana. Claro es que a la masa del pueblo marroquí no es de pensar que llegasen tan sublimes doctrinas. Tampoco abundan entre nosotros las almas que logran penetrar los abstrusos misterios del mundo de las gracias místicas, reservados siempre a un reducido número de espíritus